

se sirve la pasión compartida. Se escribían casi todas las mañanas cartas, de las que una sola hubiera bastado para que cualquiera creyese que Teresa era la querida de Huberto, á pesar de no serlo aún. En fin, en cualquier detalle que se detuviese el recuerdo del joven veía siempre que ella no le había negado ninguna de las infinitas pruebas de ternura que la había pedido.

Huberto se contentaba con apoderarse de sus manos, de su cintura, de su rostro, ó con apoyarse en su corazón como un niño. Teresa tenía con él ese abandono del alma, tan entero, tan confiado y tan indulgente, que es el único signo del verdadero amor, al que la coquetería más hábil no puede imitar. Y como contraste á tanta dicha, para mejor avivar su dulzura, á cada una de las escenas de aquel idilio había correspondido alguna dolorosa explicación con su madre, ó alguna cruel angustia al encontrar á la señora de Sauve, por la tarde, en compañía de su marido. Este último no fijaba en modo alguno su atención en Huberto; pero el hijo de la señora de Liauran no estaba acostumbrado á las deshonrosas mentiras de los cordiales apretones de manos ofrecidos al hombre á quien se engaña... Sin embargo, ¿qué le importaban aquellas peque-

ñas miserias si la iba á ver de nuevo, puesto que ella le esperaba en la pequeña villa inglesa donde debían pasar juntos dos días? ¿Había sido de Huberto ó de Teresa de quien había procedido esta idea? El joven no hubiera sabido decirlo.

Andrés de Sauve había ido á Argelia, á una investigación parlamentaria. Teresa tenía una amiga de colegio que habitaba en provincias y que la inspiraba suficiente confianza para poder decir, en caso necesario, que había estado en su casa. Por otra parte, estaba segura de que su posición en el camino de París á Londres hacía de Folkestone el abrigo más seguro durante el invierno, puesto que los viajeros franceses atraviesan esta ciudad sin detenerse nunca en ella. A la sola idea de volverla á ver, el corazón de Huberto parecía fundirse dentro de su pecho, y experimentando una sensación imposible de definir, se sentía sumergirse en una sima de misterio, de embriagador olvido y de felicidad.

El paquebot se acercaba al muelle de Folkestone. La mar verdosa, con estrias plateadas, columpiaba su esbelto casco. Sus dos blancas chimeneas lanzaban un humo que se curvaba hacia atrás bajo la presión del aire desgarrado por la marcha. Sus dos enormes

ruedas, rojas, batían las olas, y detrás del barco se dibujaba una ligera estela, especie de camino sembrado de musgo. Era un día hermoso, como suele hacerlos algunas veces en esa parte de Inglaterra, en ciertas temporadas de invierno; día de ternura, que se acomodaba divinamente á los pensamientos del joven.

Huberto había apoyado ambos codos en una de las bandas de proa y no se había movido desde el principio de la travesía, que se realizaba con extraordinaria tranquilidad, gracias á lo bonancible del tiempo y á la falta de oleaje, y desde allí contemplaba los pequeños detalles de la proximidad del puerto: la línea gredosa de la costa á la derecha, con su revestimiento de fino césped; á la izquierda el muelle, sostenido por sus pilares, y al otro lado del muelle y más á la izquierda aún, la pequeña villa que escalonaba sus casas desde la llanura de la costa hasta la cúspide de la montaña. Con creciente afán examinaba una por una aquellas casas, que se destacaban con más precisión y claridad cada minuto. ¿Cuál de aquellas casas sería la destinada á servir de asilo á la felicidad que le esperaba bajo la forma de las amadas facciones de Teresa de Sauve? ¿Cuál sería aquel *Star hotel* que su

amiga había escogido en la guía, á causa del nombre *Star*, que significa estrella? «Soy supersticiosa — había dicho infantilmente, — y además ¿no eres tú mi deseada estrella...?» Le prodigaba mucho esas espontáneas caricias de lenguaje, en las que Huberto pensaba luego indefinidamente. Sabía que no había de esperarle en el muelle, y sin embargo, sus ojos la buscaban. Pero ella había multiplicado las precauciones, y, según lo convenido, había llegado la víspera por Calais y Douvres.

El paquebot se acercaba cada vez más. Se percibía ya el rostro de algunos habitantes de la villa, cuya única distracción consistía en ir al muelle á presenciar la llegada de los barcos. Unos minutos más, y Huberto estaría al lado de Teresa. ¡Ah! ¿Faltaría ella á la cita? ¿Estaría enferma ó la habrían sorprendido? ¿Se habría muerto en el camino?... Toda esta serie de locas hipótesis desfilaba por la imaginación del inquieto amante. El barco llegó al puerto, los pasajeros desembarcaron y se dirigieron al tren. Huberto era casi el único que se detenía en la pequeña villa.

Dejó partir su equipaje para Londres y tomó asiento en uno de los coches estacionados delante del embarcadero. Tuvo un momento de melancolía al hablar al cochero y compro-

bar que, aunque era su primer viaje á Inglaterra, hablaba bien inteligible y correctamente el inglés. Se acordaba de su infancia, de su aya traída de Yorkstire y del cuidado que su madre tenía de hacerle hablar y traducir diariamente. ¡Si su pobre madre le hubiera visto!... Pero aquel recuerdo se disipaba á medida que avanzaba el ligero carruaje, arrastrado por un caballo pequeño, que trepaba alegremente la ruda cuesta que conducía á la ciudad. Un admirable paisaje de mar se desarrollaba á la izquierda del joven, una inmensa sima de verde pálido se confundía por el otro extremo con otra sima azul, toda llena de barcas, goletas y vapores. Al llegar á la altura volvía el camino.

El coche abandonó la costa para entrar en una calle, luego en otra, y después en una tercera, bordeadas todas de bajas casitas cuyas ventanas salientes dejaban percibir detrás de sus cristales tiestos de geranio encarnado y de helechos. Al tomar una vuelta, Huberto percibió la puerta de un vasto edificio gótico, sobre la que había una placa negra, cuya única inscripción, en letras doradas, hizo saltar su corazón. Estaban por fin en el *Star hotel*, y había llegado el momento de preguntar en el despacho si había llegado la señora de Sylvie;

este era el nombre que Teresa había adoptado, porque se acomodaba á las iniciales grabadas en todas sus prendas de vestir, y con él había sido inscrita en el libro del hotel como artista dramática.

Después de subir dos pisos y de seguir un largo pasillo, un camarero abrió la puerta de una habitación, y sentada delante de una mesa, con la natural palidez de su rostro aumentada por la profundísima emoción, con un vestido de seda encarnada, cuyos graciosos pliegos dibujaban su talle sin oprimirle, percibió á Teresa.

El fuego del carbón enrojecía la chimenea, cuyas paredes interiores estaban guarnecidas de porcelana de color. Una ventana del estilo de las que los ingleses llaman *bou windows* alumbraba la pieza, á la que el moblaje ordinario de esa clase de salas en la Gran Bretaña daba un aspecto de pacífica intimidad.

—¡Ah!, ¿eres tú?—dijo el joven acercándose á Teresa, que le sonreía, y poniendo la mano en el pecho de su amiga como para convencerse de su existencia.

Aquella suave presión le hizo sentir, bajo el elegante vestido, los acelerados latidos de aquel corazón de mujer dichosa.

—Si, yo soy—contestó ella con más languidez que de costumbre.

Huberto se sentó cerca de ella y sus bocas se buscaron. Fué aquel uno de esos besos de suprema dulzura en que dos amantes, que se encuentran después de una ausencia, se esfuerzan por concentrar en la ternura del momento presente todas las ternuras no sentidas durante las largas horas de separación.

Unos golpecitos dados con suavidad en la puerta los separaron.

—Será que traen tu equipaje—dijo Teresa, retirando á su amigo con expresión de disgusto.—Y con dulce sonrisa:—¿Quieres ver tu cuarto?—añadió.—Estoy aquí desde ayer tarde y espero que todo te gustará. He pensado tanto en ti al hacer preparar tu habitación...

Teresa le llevó de la mano á una pieza contigua al salón, cuya ventana daba al jardín del hotel. La lumbre ardía en la chimenea. Flores colocadas sobre ésta y sobre la mesa, que Teresa había cubierto con un tapete japonés traído por ella, aromatizaban la estancia. Había hecho colocar también en ella tres marcos con los retratos de su amada que más gustaban al joven, los cuales había llevado también. Él se volvió para darla

las gracias y se encontró con una de esas miradas que hacen desfallecer el corazón y con las cuales una mujer apasionada parece agradecer al que ama el placer que ha recibido de ella. Pero la presencia del criado que traía la maleta de mano de Huberto le impidió responder á aquella mirada con un beso.

—Debes estar cansado—dijo;—mientras te arreglas un poco, voy á decir que preparen el té en el salón. Si supieras qué agradable es para mí servirte...

—Ve—dijo él, sin poder encontrar una frase más á propósito; tanta era la emoción que invadía su alma.—¡Cómo la amo!—añadió en voz baja, en tanto que la veía desaparecer por la puerta con aquel talle y aquel andar de muchacha soltera, que la había permitido conservar la falta de hijos en su matrimonio.

Huberto tuvo necesidad de sentarse para no sufrir un desvanecimiento ante la evidencia de su dicha. La criatura humana está tan naturalmente organizada para el infortunio, que hay en la realización completa del deseo un no sé qué de enloquecedor, como en la súbita realización de un milagro ó de un sueño; y cuando la alegría llega á cierto grado

de intensidad, parece que no puede creerse que sea verdadera. Además, lo extraño de la situación debía obrar como una especie de opio en el cerebro del joven, que no podía comprender que su amante hubiera elegido aquellas circunstancias con el fin de disimular mejor, con lo extraño del caso, los difíciles preliminares de la completa entrega de su persona.

¿Sí; ¿era aquel goce verdadero? Huberto se lo preguntaba un cuarto de hora después, sentado cerca de la señora de Sauve, delante de la mesa cuadrada del saloncito, en la que todo estaba dispuesto para agradarle. La tetera de plata, el jarro de agua caliente y tazas finas. ¿No habría llevado también de París aquellas dos tazas, á fin, sin duda, de conservarlas para siempre? Ella le servía, como dijo, con sus preciosas manos, de las que había quitado su anillo de matrimonio, á fin de alejar del pensamiento del joven toda ocasión de acordarse de que no era libre.

Durante aquellas horas de la tarde, el silencio de la pequeña villa se hacía casi palpable en derredor de ellos, y la sensación de la soledad compartida se infiltraba en sus corazones tan intensamente que no se hablaban, como si temieran que sus palabras les des-

pertasen de la especie de sueño embriagador que embargaba sus almas.

Huberto tenía la cabeza apoyada en la mano y contemplaba á Teresa. La sentía tan perfectamente suya en aquel momento, tan cerca de su sér, que ni experimentaba la necesidad de sus caricias. Ella fué la primera que rompió aquel silencio, que empezaba á asustarla. Se levantó de la silla y fué á sentarse en el suelo, á los pies del joven, apoyando la cabeza en sus rodillas; y como él continuara inmóvil, sus ojos manifestaron inquietud; luego, humildemente, con ese tono de voz á que ningún amante resiste,

—¡Si supieras cómo temo disgustarte!— dijo.—Ayer tarde lloré al lado de ese fuego, en este cuarto en que te esperaba, pensando que acaso me amarías menos después de haber venido. ¡Ah! ¡Tal vez llegará un día en que me echarás en cara el amarte tanto y el haber osado lo que he osado por ti!...

La angustia de que era presa la encantadora mujer iba haciéndose tan intensa, que Huberto vió alterarse sus facciones, mientras ella pronunciaba aquellas frases. Todo el drama que se había desarrollado en ella desde el principio de aquella unión se formulaba por primera vez. En aquel momento, sobre todo,

al verle tan joven, tan puro, tan desprovisto de brutalidad y tan idéntico al ideal de sus sueños, experimentaba una insensata necesidad de prodigarle pruebas de su ternura, á la vez que temía más que nunca desilusionarle, y quizás — porque en las conciencias femeninas hay repliegues bien extraños, — hasta corromperle.

—Nosotras las mujeres—continuó, entregándose por primera vez al placer de pensar en voz alta en estas cosas—no sabemos más que amar, cuando amamos. Desde el día que te encontré, al volver del campo, te he pertenecido. Te hubiera seguido adonde me hubieses dicho que te siguiera. Nada ha existido para mí, nada, sino tú; no—añadió con mirada fija, —ni bien ni mal, ni deberes ni recuerdos. Pero ¿puedes tú comprender eso, tú, que crees, como todos los hombres, que es un crimen amar cuando no se es libre?

—Yo no comprendo nada—respondió Huberto inclinándose hacia ella para levantarla—sino que eres para mí la más noble y la más querida de las mujeres.

—No, déjame permanecer á tus pies como tu esclava—prosiguió ella con expresión de éxtasis;—pero ¿es cierto lo que me dices? ¡Ah! ¡júrame que nunca te pesarán estos momentos!

—Te lo juro—dijo el joven, al que la emoción de su amante iba embargando poco á poco.

Aquella sola frase la hizo levantarse; ligera como una niña se puso en pie, é inclinándose sobre Huberto, empezó á cubrir su rostro de apasionados besos; después, frunciendo las cejas, y como por un esfuerzo sobre sí misma, se separó de él, se pasó las manos por los ojos, y con voz vacilante aún, pero más tranquila,

—¡Qué loca soy!—dijo—es preciso que salgamos. Voy á ponerme un sombrero é iremos á paseo. *¿Will you be so kind as to ask for a carriage, will you?*—añadió en inglés.

Cuando hablaba este idioma, su pronunciación se hacía sumamente graciosa y casi infantil; luego salió del salón por una pequeña puerta, opuesta á la del cuarto de Huberto, enviándole coquetamente un beso con la mano.

Aquella mezcla de cariñosa inquietud, de súbita exaltación y de ternura infantil continuó por su parte durante todo aquel paseo, que se compuso para el uno y para el otro de una serie de supremas emociones. Por una casualidad, como no se producen dos en el curso de una vida humana, se habían colo-

cado exactamente en las circunstancias que debían llevar sus almas al más alto grado posible de amor. El mundo social, con sus martirizadores deberes, se hallaba lejos. Ocupaba tan poco su pensamiento como el cochero, quien, colocado en un asiento cubierto por detrás, lo que impedía que le viesen desde adentro, conducía el ligero carruaje en que se encontraban frente á frente, á lo largo del camino de Folkestone á Sandgate y á Hythe. En cambio, el mundo de la esperanza se abría ante ellos como un jardín sembrado de las más hermosas flores.

Se veían recompensados, él de su inocencia y ella de la reserva que su razón le había impuesto, por una impresión tan deliciosa como rara; gozaban de la intimidad de corazón, que no se obtiene generalmente más que después de una larga posesión, y gozaban de ella con toda la frescura del tímido deseo. Pero aquel deseo, aunque tímido, tenía por doble fondo en los dos una certidumbre embriagadora, clara para Teresa, oscura aún para Huberto, y estas raras y dulces emociones paseaban en su pensamiento por vasto y delicioso paisaje.

Seguían, pues, el camino de Folkestone á Hythe, estrecha senda que corre á lo largo

del mar. La verde costa no tiene rocas, pero su altura basta para prestar al camino que sostiene esa fisonomía de abrigado asilo, que da ese aspecto de tranquila atracción á los valles situados al pie de grandes montañas.

Los pedruscos estaban cubiertos por la marea que removía aquel ancho mar, sin que ni un pájaro se atreviese á tender sus alas por encima de él. Su verde inmensidad se convertía en violeta á medida que la caída de la tarde oscurecía el tibio azul del cielo. El carruaje caminaba sobre sus dos ruedas, conducido por un caballo muy fuerte, al que un grueso bocado hacía levantar la cabeza á cada instante. Teresa y Huberto, apretados uno contra otro en aquella especie de pequeña garita con ruedas y medio abierta, se oprimían las manos bajo la manta de viaje que los cubría.

Dejaban dilatarse su pasión como se dilataba el Océano, la dejaban rugir dentro de ellos con la misma furia con que rugían aquellas olas y embravecerse como ellas se embravecían contra aquella costa estéril. Desde que la joven había exigido á su amante aquel singular juramento, parecía un poco más tranquila, aunque experimentaba algunos momentos de súbito desvario, que se resolvían

en mudas emociones. Él, por su parte, no la había amado nunca con tanta intensidad. Sentía incesante deseo de apoyarla en su pecho y estrecharla entre sus brazos. Luego le parecía que necesitaba acercarse aún más á ella, y la vehemencia de esta sensación, que invadía rápidamente su cerebro, le trastornaba; sin embargo, temía la llegada de la noche con esa mortal angustia que experimentarían en su caso aquellos para quienes el universo femenino es un misterio.

A pesar de las pruebas de pasión que le daba su amada, se sentía dominado por una falta de fuerza de voluntad, por una desconfianza de sí mismo y un desfallecimiento que se hubieran convertido en dolor, á no verse mitigados por una inmensa confianza en el alma de su adorada Teresa. Aquella impresión del abismo desconocido en el que iba á precipitarse su amor, que le producía verdadero pánico, se hacía más tranquila al pensar que descendía á aquel abismo con ella. Teresa comprendía con admirable inteligencia las impresiones por que estaba pasando el objeto de su pasión. ¿No había sido para calmar la tensión de sus nervios, demasiado vibrantes, para lo que le había conducido á aquel paseo, durante el cual el grandioso espectáculo, las

ráfagas del viento y los paseitos á pie, en ciertos momentos, los mantenían á ambos al abrigo de los inevitables trastornos que había de producirles su ardiente deseo? ¿De esta manera llegaron hasta la hora trágica en que los astros brillan en el nocturno cielo, andando varios ratos sobre las piedras y volviendo á subir otros en el cochecito, tomando y volviendo á tomar repetidamente los mismos senderos, sin decidirse á volver, como comprendiendo que podrían en lo sucesivo experimentar otros momentos de felicidad, pero nunca de una felicidad tan pura y tan intensa como aquélla!

La oscura intuición del alma universal, de la que las visibles formas y los invisibles sentimientos son el efecto ordinario, les revelaba, sin que se diesen cuenta de ello, una misteriosa analogía y como una correspondencia divina entre el particular aspecto de aquel rincón de la naturaleza y la esencia indefinida de su ternura. Ella le decía:

—Estar cerca de ti y en este sitio, es una dicha que imposibilita en absoluto para volver á la vida real.

Y él no sonreía de incredulidad al escuchar aquella frase, así como ella no dudaba de su veracidad cuando él la decía:

—Me parece que no he abierto nunca los ojos para contemplar la sabia naturaleza hasta este momento.

Cuando andaban, era el joven quien tomaba el brazo de Teresa y se apoyaba en él cariñosamente. De este modo simbolizaba sin saberlo el extraño cambio de los papeles, causa de que, en aquella ocasión, él hubiera representado siempre el elemento femenino, con su frágil persona, su completa inocencia y el candor de sus tímidas emociones.

Ciertamente que Teresa era también una perfecta representación de su sexo, por su airoso andar, la finura de sus maneras y sus ardientes ojos, que dejaban escapar su alma en cada mirada. Pero parecía, á pesar de esto, una criatura más fuerte, mejor organizada para la vida que el delicado joven, obra frágil de la ternura de dos mujeres puras, que ella había ligado en el suave tejido de su seducción y que se entregaba en absoluto á ella con fraternal confianza; el mismo movimiento de su marcha, la perfecta armonía de su ritmo, atestiguaba claramente la completa fusión de aquellos corazones que vibraban juntos, en aquel momento, en estrecha y embriagadora unión.

Volvieron á la fonda. La comida que siguió

á aquella tarde de felicidad fué silenciosa y casi sombría.

Parecía que ambos tenían miedo uno de otro. Acaso fuera solamente, por lo que á ella se refería, una recrudescencia de aquel temor de disgustar que la había hecho diferir hasta aquel momento el abandono de su persona, y respecto á él tal vez fuese también esa especie de inexplicable melancolía, último signo de naturalidad primitiva, que precede en el hombre á la entrada en la plenitud del amor. Como sucede en semejantes momentos, sus conversaciones se hacían tanto más tranquilas é indiferentes, cuanto más conmovidos se hallaban sus corazones.

Los dos amantes, que habían pasado el día en la más romántica exaltación y que se encontraban en la soledad de aquel asilo extraño, parecían no tener qué decirse y no acudían á su lengua más que frases acerca de la sociedad que habían abandonado. Se separaron temprano y como si se despidieran para no verse hasta el día siguiente, por más que sintiesen ambos que había de serles imposible aquella separación.

Así fué que Huberto no se admiró, por más que su corazón latía con tal fuerza que parecía salirsele del pecho, cuando en el momento

en que él se iba á dirigir á la habitación de ella, oyó que la llave de la suya giraba en la cerradura, y vió entrar á Teresa, vestida con un largo peinador cubierto de encajes blancos y brillando en sus ojos la más apasionada dulzura.

—¡Ah!—dijo cerrando con su perfumada mano los párpados de Huberto.—¡Desearía tanto reposar sobre tu corazón!...

.....

El joven se despertó hacia la media noche, y buscando con los labios el rostro de su amada, notó que sus mejillas estaban inundadas de lágrimas.

—¿Sufres?—la dijo.

—No—contestó ella;—son lágrimas de felicidad. ¡Ah!—continuó la joven.—¡Cómo ha podido ocurrir que no se me hayan adelantado á poseerte, ángel mío, y qué indigna soy de tí!...

Enigmáticas palabras que Huberto debía recordar frecuentemente más tarde y que aun en aquel momento, y bajo aquellos besos, produjeron de pronto en su espíritu una nube de esa misteriosa tristeza, compañera habitual del placer.

A través de aquel triste velo le pareció percibir, como á la luz de un relámpago, una

casa que le era muy conocida, y con los rostros inclinados bajo la lámpara, entre los retratos de familia, á las dos mujeres que le habían educado.

Aquella visión no duró más que un segundo.

El joven reclinó la cabeza en el pecho de Teresa para olvidar todo pensamiento que no fuese el de ella, mientras que el vago quejido del mar llegaba hasta él, suavizado por la distancia, como el rumor misterioso y lejano que parece á veces advertirnos el curso futuro de nuestro destino.